

LOS DIEZ DIAS DE REAGAN EN EUROPA

La reunión de la cumbre en Versalles ha sido calificada por el conocedor **Washington Post** como un "semi-éxito". Muchos aplicarían este mismo calificativo a toda la visita de Reagan a Europa. Sin embargo, para evaluar políticamente el viaje europeo del presidente norteamericano, hay que definir primero qué objetivos se proponía su gobierno en este viaje, para luego determinar el grado de cumplimiento o logro de los mismos. No hay que aceptar fácilmente los comentarios superficiales o interesados que presentan el viaje como un moderado fracaso o, como el **Washington Post** un éxito a medias. El viaje fue preparado cuidadosamente durante varios meses, con tres viajes de Michael Beaver, uno de los tres asesores privados del presidente, a Europa. Los norteamericanos sabían muy bien lo que pensaban en el viejo continente los jefes de gobierno, los funcionarios, y los partidos de la oposición sobre cooperación económica, defensa, el desarme, las relaciones comerciales con los países socialistas, etc. En este terreno no podía haber sorpresas.

El resultado del viaje en lo que a la reacción de los gobiernos europeos se refiere, estaba perfectamente previsto; las intervenciones públicas del presidente Reagan cuidadosamente montadas desde el punto de vista técnico; las masas disidentes eficazmente controladas por unos dispositivos de seguridad nunca vistos en estos países y en todo caso alejadas de la vista del presidente. En consecuencia, podemos suponer que el viaje se hizo para tener éxito, o, dicho de otra manera, porque se preveía con gran posibilidad de éxito. En caso contrario, no se hubiera lanzado el presidente Reagan a su aventura europea.

La visita, sin embargo no se desarrolló tal y como se había planeado, no por causa de los líderes europeos, sino por los conflictos bélicos: el epílogo de las Malvinas y la invasión del Líbano por los israelitas. Reagan llegó a Londres cuando las tropas británicas se aprestaban a dar el asalto

final a Puerto Argentino y el gobierno discutía un estatuto colonial para las islas más drástico al del 2 de abril. Por otra parte, como decía **Liberation**, "Israel invadió Versalles", es decir, que la agresión israelita al Líbano hizo consumir mucho tiempo a Reagan, mucho tiempo de su horario ya muy apretado, a la vez que demostraba el limitado poder de dirección y liderazgo en cuestiones internacionales que tiene el presidente de los EE.UU. con respecto a sus aliados (o el cinismo de que hace gala, cuando sus aliados se portan mal). Estas dos perturbaciones aumentaron el factor de riesgo en el éxito del viaje, pero no fueron tan intensas ni profundas como para hacerlo fracasar.

El único factor interno de riesgo era la actuación del propio presidente. Pero, también aquí se tuvo cuidado de no improvisar: al presidente Reagan nunca lo dejaron solo con la prensa, como todos los demás jefes de Estado, y sólo apareció en público en ocasiones solemnes muy bien manejadas por los funcionarios y expertos de la Casa Blanca. Frente a todo lo que pueda decir la prensa europea y mundial sobre el éxito o el fracaso del viaje, hay dos reacciones que nos dan una pista. Por una parte, está el testimonio de los organizadores del viaje, recogido por el semanario **Newsweek**: "Hemos hecho lo que nos propusimos y lo hemos hecho bien" (**Newsweek**, 21 de junio 1982). "No hemos conseguido en todas las instancias lo que pretendíamos, pero estamos razonablemente satisfechos", decía un alto funcionario de la administración (Richard Halloran, en el **International Herald Tribune**, 15 de junio). Por otra parte, están las críticas de la prensa soviética que presentan a Reagan en Europa como "el enterrador de las ideas de la distensión".

En definitiva, ¿qué fue a hacer Reagan a Europa? Creo que su objetivo primario y principal fue preparar diplomáticamente el terreno para desarrollar con mayor tranquilidad y menor costo, en términos de la erosión de la Alianza

Atlántica, su doble estrategia contra la URSS: hacer propuestas imposibles de desarme, mientras consigue la superioridad atómica, y en el proceso infligir daños irreparables a la economía soviética y del campo socialista, con la esperanza de que se subleven sus poblaciones (a lo cual prometió ayudar en su discurso de Londres) y derroquen a sus gobiernos respectivos. Todo lo demás es accesorio o secundario y constituyen diversiones para encubrir el verdadero objetivo del viaje.

Hay muchos hechos que abonan esta hipótesis, pero citaré sólo uno: mientras Reagan preparaba sus valijas para Europa, circulaba por el Pentágono un documento de 126 páginas **The First Complete Defense Guidance**, (La primera guía completa para la defensa). Ese documento filtrado al **New York Times**, establece entre otras anormalidades, que la guerra atómica es una necesidad, en la cual los EE.UU. tienen que poder "prevalecer" sobre la URSS, aun en "un período de conflicto atómico prolongado"; se recomienda la preparación del espacio para la guerra atómica y se llegan a proponer cosas como un aumento de las "operaciones especiales" en los países de la Europa Oriental. "¿Cómo pueden cuadrar estos belicosos planes con la declaración del presidente Reagan en el **Memorial Day** de que con buena voluntad y dedicación por ambos lados pido que podamos conseguir un mundo más seguro?" —se preguntaba Tom Wisner en el **New York Times**. Efectivamente, Reagan no ha cambiado su manera de pensar, ni ha abandonado los simples principios que guían su gobierno y particularmente su política exterior. El único cambio es que ha decidido ser más cauto

y astuto, sobre todo cuando se dirige a los europeos. En un testimonio que recoge **Der Spiegel** en un número dedicado al viaje de Reagan (**Der unliebsame Gast**-El huésped no deseado) un consejero de la casa blanca habría dicho: "En el fondo está todavía en el camino de la confrontación abierta y ve el mundo en blanco y negro. Cuando hablaba libremente se le nota a veces; pero sus declaraciones públicas son ahora más recatadas y más prudentes" (**Der Spiegel**, 7 de junio de 1982).

Así pues, Reagan ha venido a Europa a hacer más dirigibles a los gobiernos y a sus electorados los pasos que se propone dar en escalada armamentista y en su guerra económica contra la URSS. Digerible en el sentido de que no se pongan demasiadas tensiones sobre la Alianza Atlántica. Pero estas tensiones tampoco hay que exagerarlas. Reagan sabe que Helmut Schmidt está acabado (¡su partido perdió las elecciones en Hamburgo!), que Mitterrand tiene una política convergente con la suya en cuanto a la defensa de Europa, que los demás países tienen una mayoría conservadora o demócrata-cristiana, que Grecia no cuenta mucho y, en todo caso, se la puede neutralizar dando mayor ayuda militar a Turquía, que la recién llegada España bastante tiene con contentar y contener a sus militares. Total, que la OTAN está conformada políticamente de tal forma que con un poco más de cuidado y con un adecuado cultivo diplomático se la puede hacer condonar cualquier iniciativa a tri-soviética. Reagan vino a dar este cultivo extra a la opinión pública europea, para continuar su estrategia doble, con armas y dinero, contra la URSS.



Los comentarios que encontramos en la prensa europea no resaltan con la suficiente claridad este aspecto de "ablandamiento" o de "vacunación" de la opinión europea para las futuras acciones del gobierno norteamericano. Así **The Economist** daba una versión bastante típica: "Ronald Reagan tenía dos objetivos importantes en este viaje a Europa, aparte de sus negocios oficiales. Quería convencer a los europeos de que el nuevo líder norteamericano, aunque inexperto en los detalles de los asuntos internacionales, no merece una reputación como belicista a ultranza, que enfunda armas atómicas en su canana. Y también quería demostrar a su gente en Norte América que su presidente es considerado en el extranjero como un hombre de Estado con firme control de los asuntos internacionales importantes" (**The Economist**, 12 de junio de 1982).

Parece haber una ley aplicable a la presidencia de los EE.UU., según la cual, cuando al presidente le van mal las cosas en el interior del país, tiene que salir al exterior para robustecer su imagen. Esta es, sin duda, una consideración adicional de los planificadores y un objetivo secundario del viaje; pero que no explica mucho. ¿Porque, si no, salió Reagan de los EE.UU. en un momento en que en la Cámara de Representantes y en el Senado se debatía la importantísima cuestión del presupuesto, de cuya aprobación dependía tanto la anunciada recuperación de la economía? ¿No era contra la imagen interna abandonar el presupuesto en estos momentos? De hecho, Reagan siguió pendiente de la cuestión a través de Europa, quitando tiempo al sueño y a la preparación de sus entrevistas. No parece, pues, que este objetivo, tan destacado por los "expertos" en asuntos norteamericanos, haya tenido tanta importancia en el viaje. El otro, de borrar la imagen de cowboy pendenciero y belicista es más importante. Pero también ofrece dudas, si se examina cuidadosamente lo que dijo, en privado y en público a veces. En realidad no trató de ocultar su actitud belicosa hacia la URSS; su simple y obstinado anti-sovietismo apareció tanto en la conversación con el Papa, (a propósito de Polonia, naturalmente), como en el discurso ante las cámaras británicas, fue el apogeo de su obsesión, como en Bonn y Berlín, en donde su actitud lo llevó a acciones ridículas, más propias de los escenarios de Hollywood. Ni siquiera la invasión del Líbano por las tropas judías lo apartó de su fe en un mundo de corte maniqueo, donde EE.UU. y el occidente son el

bien y los países socialistas el mal integral, y la maldad o bondad de los restantes se asigna según su amistad con el otro polo del mundo **according to Reagan**.

Reagan quiso aparecer no como el anticomunista ignorante y fanático de los primeros meses de su cargo, lo que provocó alarma y rechazo en Europa, sino como un anticomunista civilizado y culto, que piensa seriamente en la posibilidad de la derrota económica y militar del campo socialista y para ello se prepara, pero empleando un lenguaje más moderado que antes, lleno de promesas falaces de desarme, para no despertar una oposición masiva (¡una oposición discreta siempre se puede controlar!) de los electorados y consecuentemente de los futuros gobiernos europeos. En este sentido, es cierto que Reagan vino a Europa a dar otra imagen, pero una imagen engañosa, porque vino a dar la impresión de ser un presidente pacífico, cuando en realidad no lo es, cuando la simpleza y el anquilosamiento de su mente y la estrechez de miras de sus patrocinadores no permite ya cambios en lo fundamental; y uno de los objetivos subjetivos substanciales de su presidencia es el superar a la URSS de todas las formas posibles.

Es cierto que, previamente a su viaje y en estrecha conexión con él, Reagan anunció para el 29 de junio el comienzo de las conversaciones para la reducción de armas estratégicas. El tiempo dirá lo que haya de verdad en el deseo negociador de la administración Reagan. En la hipótesis que mantenemos, sin embargo, este gesto era necesario para aparecer en Europa como un estadista razonable, abierto a la negociación y comprometido a soluciones pacíficas. Si no hubiera hecho este gesto, tendría que haber inventado otro parecido para prolongar su viaje a Europa. Aquí es importante matizar bien nuestro pensamiento. Reagan no buscaba tanto cambiar la imagen que produjeron sus declaraciones y las de sus colaboradores sobre el primer uso de armas atómicas, la guerra atómica limitada, el disparo de aviso (lo pasado pasado está). Reagan mira al futuro y buscaba dejar en los electorados europeos una imagen, unas declaraciones, unos documentos, toda una super-estructura ideológica que le permitan con menos costo que en el pasado, proseguir una política exterior de blanco y negro y su anti-sovietismo militante de los días del maccartismo, al cual sirvió desde la presidencia del sindicato de actores. A la luz de esta hipótesis explicativa global sobre el viaje europeo de Reagan, se pueden

entender mejor las reuniones en la cumbre, las visitas y los discursos.

La cumbre económica de Versailles fue un moderado éxito para el gobierno norteamericano, porque en su documento final y en todas las discusiones públicas y privadas que le precedieron se establece el principio —aunque con formulaciones moderadas y no óptimas desde el punto de vista norteamericano— de que los aliados atlánticos deben reducir los créditos a la exportación, en monto y en sus condiciones, especialmente los que van a los países socialistas. “Hemos convenido en llevar con prudencia las relaciones financieras con la URSS y los otros países de Europa Oriental, para asegurar que se conducen de manera económicamente sana, incluyendo la necesidad de prudencia que requieren las relaciones comerciales limitando también los créditos a la exportación”, dice el comunicado final de Versailles (tomado de *Le Monde* 8 de junio de 1982). “Esto es establecer el principio. Luego se construye encima”, dijo, según informa *Newsweek* (14 de junio de 1982), el Ministro de Hacienda de los EE.UU. Donald Regan. En efecto, en esto precisamente está la victoria norteamericana; se ha introducido un nuevo principio en el sistema de ideas sobre las relaciones Este-Oeste, un nuevo punto de apoyo para perjudicar la economía de la URSS y del campo socialista. No habrán aceptado los europeos el concepto completo de guerra económica, como quisieran los EE.UU., pero se ha dado un paso adelante en esa dirección.

Hace un año se hablaba mucho del gasoducto entre Siberia y Europa Occidental, pero no se mencionaban en las conversaciones interaliadas de alto nivel los créditos a la exportación hacia países socialistas. Este comenzó el pasado diciembre a raíz de la crisis de Polonia; hoy se deja de lado la cuestión del gasoducto, pero se introduce el nuevo tema de las relaciones financieras, y concretamente, los créditos a la exportación, que según los norteamericanos “son demasiado favorables y constituyen un subsidio a las economías comunistas”. “El presidente continuará en esta dirección después de la cumbre. Es importante para él”, decía un alto funcionario de la administración (*Time*, 14 de junio de 1982). “Esos créditos a la exportación son el *sine qua non* de Versailles”, diría al *International Herald Tribune*, otro funcionario norteamericano. Este ha sido el único tema que interesó realmente a los EE.UU.; los otros: tipos de interés elevados, va-

lor relativo del dólar, proteccionismo, diálogo Norte-Sur, eran para los norteamericanos o intocables, como el de los tipos de interés, o resolubles por otros medios, como el del proteccionismo, o simplemente instrumentos para negociar con sus aliados, como la intervención en el mercado de divisas y el de la revolución tecnológica que proclamaba Mitterrand.

En consecuencia, en el comunicado final se mencionan los elevados tipos de interés, como si se tratara de una catástrofe natural y no el resultado previsible de una política norteamericana deliberada: “El crecimiento y el empleo deben promoverse. Esto se obtendrá de manera durable, si tenemos éxito en nuestra lucha permanente contra la inflación. Esto ayudará también a hacer bajar las tasas de interés, hoy insoportables, y a establecer unas tasas de cambio más estables. Para realizar esta reducción esencial de las tasas reales de interés, aplicaremos urgentemente políticas monetarias prudentes y controlaremos más los déficits presupuestarios. (Declaración final de Versailles, tomada de *Le Monde*, 8 de junio de 1982). Nótese que la reducción de los tipos de interés, como la impulsión del crecimiento y del empleo, se vinculan prioritariamente a la lucha contra la inflación, lo que supone un respaldo implícito a las políticas monetarias de Reagan y la Thatcher. Otro triunfo diplomático norteamericano. La cuestión del comercio internacional se trató con tacto: “Resistiremos las presiones proteccionistas y las distorsiones comerciales”. Esto se firmaba teniendo a la vista el mercado japonés, mientras la “guerra del acero” de los EE.UU. contra Europa se agravaba seriamente. Por otra parte, los EE.UU., hacían una pequeña concesión en los problemas del mercado de divisas: “Trabajaremos por una evolución constructiva y ordenada del sistema monetario internacional, por una cooperación más estrecha entre las autoridades monetarias, según los lineamientos contenidos en el texto adjunto” (compromiso monetario internacional). En este documento los participantes se comprometen a “una vigilancia multilateral, que ya hacían, y a “proceder a las intervenciones en el mercado de cambios para contrarrestar situaciones de desorden, según las disposiciones del artículo 4 de los Estatutos del FMI”, algo, por lo demás, obvio que ya se practica. El Ministro francés de Finanzas Jacques Delor se apresuró a saludar este compromiso monetario como un gran éxito de la cumbre francesa, que abría según él, una nueva



era en la cooperación monetaria internacional. En reacción a estas declaraciones los funcionarios norteamericanos se apresuraron a puntualizar que ellos no se habían comprometido a nada nuevo.

El inicio de negociaciones globales con el sur ("El lanzamiento de negociaciones globales constituye un objetivo político importante aprobado por todos los participantes a la cumbre"), en base a la resolución presentada por el grupo de los 77, pero sin cuestionar las actuales instituciones internacionales, así como la cooperación en el dominio científico y tecnológico (poniendo el énfasis en la investigación privada a la Reagan), son concesiones que el gobierno de los Estados Unidos hizo a Francia y Canadá principal-

mente. En dos palabras; lo importante de Versailles no fue la discusión de medidas efectivas para solucionar la recesión económica mundial, las cuales brillaron por su ausencia, sino la **vinculación explícita y formal de la economía con la defensa**, que es lo que en definitiva da sentido a todo el viaje europeo de Reagan. "Aunque los participantes en la cumbre no fueron muy lejos, se dio un cambio de dirección, aceptando, en vez de decidir cada país por su cuenta, que la seguridad del occidente depende de medidas económicas más coordinadas tanto como de la defensa conjunta. En un sentido profundo el dinero y los cohetes están ligados...", escribía en el **International Herald Tribune** la periodista Flora Lewis. Las visitas al Papa, a la Reina de Inglaterra; así como el discurso al parlamento británico y la visita a Berlín Occidental son actividades puramente ideológicas, para demostrar que en este mundo simple de buenos y malos, los EE.UU. y su presidente están con los buenos: con la religión y con la democracia, y que se han constituido en sus defensores. Son actos que se inscriben en el intento de dar un carácter de "cruzada" a la lucha de clases en su nivel más alto y radical. Reagan, aun bostezando y todo, quiso hacer ver al Papa, a los católicos norteamericanos que vieron el show televisivo y a todo el mundo, la existencia de una identificación de ideales, criterios y objetivos del gobierno de los EE.UU. con el de la Iglesia católica; a propósito de la cual en América Latina hizo la significativa confesión de que "entendía que trabajaba de acuerdo con ella en ese hemisferio".

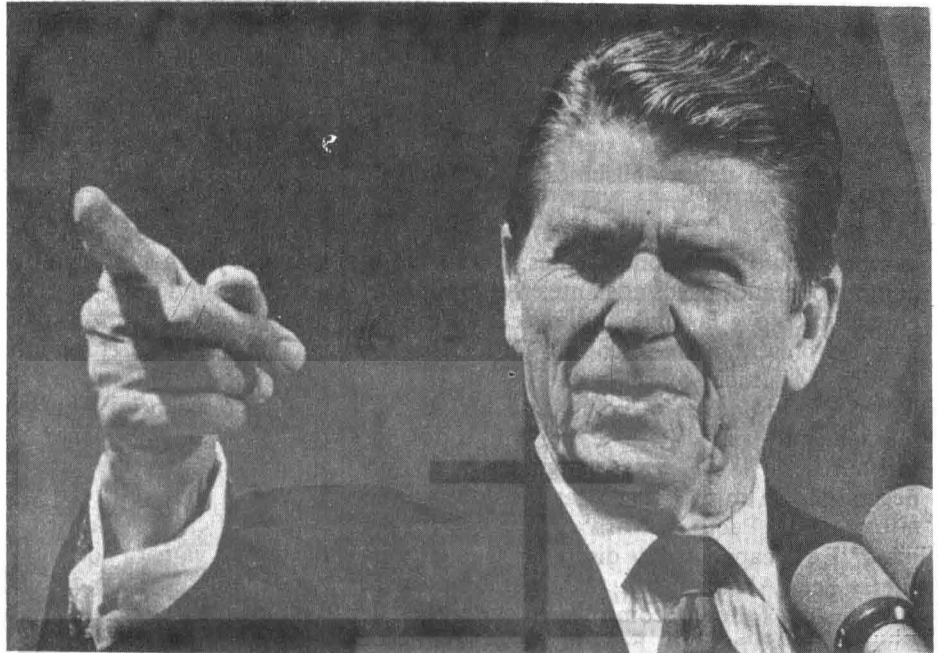
El discurso ante el parlamento británico, que **The Guardian** consideró "retórica de guerra fría", dejó serias dudas sobre la sinceridad de las intenciones negociadoras con la URSS. Según **The Economist**, "sus palabras no impresionaron al partido laborista, que publicó una declaración criticando la política exterior norteamericana, especialmente la política en El Salvador (**The Economist**, 12 de junio de 1982). Pero no sólo los laboristas quedaron sin convencer, la mayor parte de la prensa europea ha tomado con gran precaución "la campaña global para la democracia" que anunció en su discurso. Por las sugerencias hechas en él, dio más bien la impresión de que estaba hablando de intensificar lo que "la primera guía completa de defensa" califica, usando el lenguaje de la CIA, "operaciones especiales". "El núcleo del problema", escribía el editor internacional del **Financial Times**, "es que toda la política exterior de Reagan está construida sobre

la premisa del anti-sovietismo en un esfuerzo de recrear un mundo bipolar, mientras que la mayoría en Europa dejó de creer en tal visión bipolar hace 10 o incluso 20 años y sucesos recientes han reforzado dramática y alarmantemente la apreciación europea". (Ian Davidson, *The West struggles to agree*, *The Financial Times*, 2 de junio de 1982). En el parlamento inglés lo que más gustó de Reagan fue su apoyo a la tesis británicas sobre las Malvinas. De la invasión del Líbano no dijo nada, según aquel principio de su gobierno, que las fechorías de sus amigos y aliados tienen siempre una buena explicación.

Parece que en Alemania Reagan cometió algunos gafes políticos más serios que los de protocolo protagonizados en el palacio de Windsor. Según el semanario *Time* (21 de junio de 1982): "El primer intento de Reagan, un encuentro privado con el canciller Helmut Schmidt, salió mal. Schmidt resaltó la importancia de la distensión para los alemanes. Reagan replicó que después de las acciones soviéticas en Afganistán y Polonia no se puede hablar de distensión". Un pequeño episodio que delata lo que verdaderamente piensa Reagan sobre el tema. Su discurso ante el Bundestag (parlamento) alemán fue emotivo, algo artificial y poco creíble en algunos aspectos. "¿El presidente Reagan a la cabeza del movimiento de la paz? Así ha querido presentarse en el curso de su visita a Bonn". Comentaba, no sin ironía, *Le Monde* (11 de junio de 1982). En el fondo de todas sus declaraciones de amor a los alemanes, hay una velada amenaza de retirar las tropas norteamericanas en Europa, si los europeos no llevan la carga económica correspondiente en su propia defensa y si no defienden la presencia norteamericana. Nada más esclarecedor que el comentario de un periodista norteamericano buen conocedor de la escena europea: "Aunque conciliador con sus aliados, Reagan impulsó el ataque ideológico a la URSS, justificó el rearme de occidente y urgió a los líderes europeos a defender más abiertamente el liderazgo de los EE.UU. en la alianza occidental" (Joseph Fitchett, *International Herald Tribune*, 11 de junio de 1982).

La reunión cumbre de los gobiernos de la OTAN fue un "negocio ya cocinado", según el semanario *Time*, que el propio primer ministro canadiense no vaciló en calificar de "una pérdida de tiempo". Esta reunión estuvo precedida por largas y duras negociaciones, en parte secretas, para redactar un documento final que incorpora

los elementos de la estrategia contra la URSS, así como las dudas de los norteamericanos y la fe de los alemanes en la distensión. La reunión, o, mejor los documentos que en ella se aprobaron, representan un triunfo inequívoco de las tesis norteamericanas, a pesar de que, como editorializaba el *Financial Times*, "la falta de acuerdo en una declaración conjunta de la OTAN sobre la invasión de Israel en el Líbano ponía un fin desafortunado a una reunión en la cumbre que pretendía ser una demostración pública de unidad aliada" (*Financial Times*, 11 de junio de 1982). El gobierno norteamericano obtuvo el acuerdo de sus aliados en los siguientes puntos: a) Una condena más nitida de la URSS: "La Unión Soviética está también dispuesta a amenazar con violencia o aplicarla, fuera de los límites de su territorio. Afganistán y la postura soviética en la crisis de Polonia lo muestran claramente. La URSS ha empleado en el decenio pasado una gran parte de sus medios en un masivo rearme, que sobrepasa ampliamente sus necesidades de defensa y hacen vigente la fuerza militar en un marco mundial"; b) nuevos compromisos para una actitud más restrictiva en las relaciones comerciales y financieras: "manejaremos (estas relaciones) razonable y matizadamente según nuestros intereses y los de la seguridad: Las relaciones económicas tienen que conformarse en base a las ventajas equilibradas de las dos partes. Nos obligamos a configurar las relaciones financieras con los estados del pacto de Varsovia sobre una base de sanidad económica, incluyendo la razón comercial en la concesión de créditos a la exportación" (Declaración de Bonn, conferencia cumbre de la OTAN, tomada del *Neue Zürcher Zeitung*, 11 de junio de 1982). Los términos del compromiso son ambiguos y menos tajantes de lo que los norteamericanos hubieran deseado, pero el principio ya está introducido y el texto puede entenderse por el gobierno de Reagan de manera que pueda continuar su guerra económica contra la URSS sin escandalizar a sus aliados. c) Una mejora en las armas convencionales que sea compatible — más aún que haga posible — con la propuesta de reducción de los ejércitos convencionales a 700.000 efectivos por cada lado. Esto implica un nuevo compromiso para aumentar los gastos nacionales de defensa. d) Acuerdo sobre un desplazamiento temporal de temporal de las fuerzas de los EE.UU. fuera del espacio de la OTAN para misiones en el Tercer Mundo y apoyo logístico para estas mismas misiones.



En el comunicado o declaración de Bonn se habla de una "genuina distensión", que sin duda se opone a una distensión aparente o falsa. Esta formulación introduce en el pensamiento y sobre todo en su aplicación un elemento de confusión, que va a exigir una constante exégesis y permanentes discusiones para determinar en concreto si una acción dada va en la línea de la distensión genuina o antes, al contrario, por la de la distensión falsa. La cuestión ha quedado convenientemente oscurecida y hábilmente condicionada para que nunca falten excusas que justifiquen una política agresiva de los Estados Unidos contra la URSS y los países del campo socialista, sin por eso salirse de los términos de referencia de los acuerdos de la alianza atlántica.

Del somero análisis de documentos, discursos y visitas que hemos hecho se desprende que el viaje de Reagan a Europa, visto desde el punto de mira de los EE.UU., ha sido un triunfo diplomático, un tanto aguado por las crisis militares del momento, pero positivo al fin de cuentas. Por supuesto no pretendemos decir que la presencia de Reagan en Europa ha convencido a todo el mundo, pero eso es una cuestión distinta. Es muy posible que en el terreno de las relaciones públicas con las masas de ciudadanos europeos el viaje haya sido menos positivo que en el terreno diplomático.

La prensa liberal y de izquierda no se han convencido de las intenciones pacifistas y negociadoras de Reagan. Como decía el moderado **Financial Times**: "La nueva disposición de Norteamérica de entrar en negociaciones sobre el desarme con los rusos está compensada con un deseo de hacer la guerra económica contra la URSS" (**Financial Times**, 2 de junio) y un editorial de **The Guardian** decía: "El presidente Reagan se preocupa más (que de los 30 millones de desempleados de occidente) de persuadir a los europeos de que no es un cowboy, sino un anciano amable y prudente. ¿Tienen que creerle? Con los tipos de interés norteamericanos al 8% en términos reales, no deberían hacerlo". (**The Guardian**, 10 de junio). Sobre todo no ha convencido su capacidad como líder político del occidente: "Reagan ya no comprende el mundo", titulaba **Der Spiegel** en un extenso artículo sobre la figura, el pensamiento y las políticas del presidente. (**Der Spiegel** 7 de junio de 1982). "Varios de los líderes occidentales que encontró el presidente bilateralmente y en las reuniones de la cumbre parece que han quedado desilusionados de la experiencia. De muchas maneras sus peores temores sobre el presidente de los EE.UU. se han confirmado", escribe Hella Pick en **The Guardian Weekly** (junio 20). La crisis del Líbano puso de manifiesto cuán poca capacidad tiene el presi-

dente de los EE.UU. no sólo para controlar los eventos, pero ni siquiera para analizarlos y evaluarlos adecuadamente. Fue desafortunado para él en la medida que pretendía dar la impresión en casa y fuera de estar impuesto en los graves problemas de la política exterior.

La prensa del **establishment**, normalmente pro-OTAN y anti-comunista (incluyendo algunos de los citados más arriba) considera las cumbres como poco concluyentes, o a lo sumo, como moderados pasos adelante en el camino del entendimiento y la unidad atlántica: en ningún caso las presentan como triunfo de los Estados Unidos. Más bien se resalta que los EE.UU. no han podido imponer su voluntad a los aliados, manteniendo así el fetiche de que todos los miembros de la OTAN son iguales y no hay hegemonía de un país particular", como se da en el bloque del Pacto de Varsovia", sobre los demás. "En la capacidad de discrepar se muestra la fuerza de la Alianza" sentenciaba el **Frankfurter Allgemeine Zeitung**, como si en cuestiones de defensa la República Federal de Alemania y otros miembros de la OTAN tuvieran una capacidad real de discrepar con los Estados Unidos.

No deja de haber críticas concretas al gobierno de los EE.UU. por lo que ha omitido en el terreno económico: tipos de interés, fortaleza del dólar, medidas contra el proteccionismo, etc., pero sin que las críticas penetren lo suficiente para poner en cuestión la Alianza del Atlántico Norte y la organización económica que ésta de-

fiende. Las críticas, sin embargo, no se extienden en igual medida a la "declaración" en donde se pone al día la estrategia de la OTAN, y en el mejor de los casos, se apunta la contradicción que supone ofrecer negociaciones mientras se continúa atacando a la otra parte.

Por otra parte, y en representación de los millones de europeos que rechazan la política del presidente Reagan, unas 300.000 personas, en su mayoría jóvenes, se manifestaron pacíficamente ante el Bundestag (parlamento) en Bonn. Su declaración que está respaldada por millones de personas de todo el mundo, terminaba con esta peroración: "Nuestra protesta tiene que convertirse en resistencia. Resistencia a los exportadores de armamento y fabricantes de cañones. Resistencia a las armas atómicas nuevas y viejas. Llevemos esta resistencia a las calles, a las escuelas, oficinas y fábricas. ¡Levántense y continúen, esto va para adelante! Neguémonos al sistema de la OTAN. Desde mañana levantémonos y continuemos con mayor fantasía, con respiración profunda, con nuestro amor a la vida y con nuestro coraje. Proclamen con nosotros la desobediencia civil contra los planificadores de la guerra, contra la muerte de hoy de mañana", (tomado del **Tageszeitung**, 11 de junio de 1982). El viaje de Reagan no parece "haber quitado el aire a las velas del movimiento pacifista".

L.M.